IV

CABALGATA EN LA NOCHE

SALTO sobre su caballo y partió al galope, seguido de Vladimir y Tondor.

Cuando se dieron cuenta de que La Candeur no les seguía, habían andado ya dos kilómetros, persiguiendo a Gaulow, con una rapidez tan desenfrenada, que Vladimir no pudo contenerse y preguntó:

—¿Pero es que queremos realmente darle alcance?

—¿Que si quiero alcanzarle?—exclamó Roulettabille—. ¡Ya lo creo!... Sólo que tendremos que esperar a La Candeur cinco minutos... ¿Qué puede estar haciendo ese animal?

Se detuvieron; pero Roulettabille parecía estar consumiéndose a fuego lento en su silla, de tal manera se movía y demostraba impaciencia.

Por fin se oyó un galope, y sobre la llanura, magníficamente iluminada por una de esas prodigiosas noches de Oriente, tan cantadas por los poetas, se dibujó la imponente figura de un jinete que a su paso hacía retemblar el suelo.

Era La Candeur, quien manifestó una ruidosa alegría al hallar a sus amigos y quiso explicar

la causa de su retraso; pero Rouletaville no le dió tiempo.

—¡En marcha! ¡En marcha!

Y partió raudo como el viento.

—¡Pero, demonio! ¿Por qué corremos así?—preguntó La Candeur a Vladimir.

—Parece ser que quiere alcanzar a Gaulow.

—¿Cómo? ¿Es ás loco?

—¡Quien está loco es él!... ¡Ha hecho lo imposible porque se evadiera y ahora que está en salvo quiere cogerlo!...

—¿Pero, para qué?

—¿Lo sé yo acaso? ¡Pregúntaselo a él!.

Precisamente Rouletabille acababa de detenerse bruscamente en el ángulo de dos caminos.

¿Cuál de los dos seguir? Indudablemente Gaulow habría dejado huellas de su paso, huellas que Rouletabille, aun de noche como era, hubiera sido muy capaz de encontrar; pero era necesario desmontar, detenerse a un serio estudio del terreno; en una palabra, perder un tiempo precioso, durante el cual, el otro corría, aumentando su ventaja. Rouletabille llamó a La Candeur.

—Nos has hecho perder tiempo; procura, en lo que te concierne, de ganarlo. Tomarás con Tondor, el camino de la izquierda, mientras yo tomo el de la derecha con Vladimir.

—¿Dónde nos reunimos?

—Ante Tchorlou, por donde nos vemos obligados a pasar. Acude cerca de la línea del ferrocarril. Procura evitar el grueso del ejército turco que, según me ha dicho uno de los oficiales, se halla al Norte del lado de Saraï... Por otra parte, este lado Sur me parece libre de obstáculos.

—¿Así pues, es cierto que perseguimos a Gaulow?—preguntó La Candeur.

—¡Naturalmente!... ¡Hay que cogerle, cueste lo que cueste!...

—Y si logro alcanzarle, ¿qué hago con él?

—¡Pues bien, lo matas! Pero sin compasión. ¿Eh?... ¡Te juro que si yo lo encuentro, no me fallará esta vez!... Está sin armas... Ni defenderse podrá... ¡Y, sobre todo, nada de falsos escrúpulos!... ¡Nada de generosidad!... ¡Mátale como a un asesino que es, aplástale como a una alimaña venenosa, que de vivir será siempre temible!...

—¡Pero en fin, o yo estoy soñando—gritó La Candeur—, o tú deliras! Ayer renacías a la vida al saber que Gaulow no había muerto. Me dices que tu casamiento con Ivana era imposible si su marido *no* vivía. ¡Hace un momento me hacías jurar que no le tocaría un pelo de la ropa, y ahora quieres que le mate!...

—Sí, si en algo me estimas, haz eso por mí...

En el colmo de la estupefacción, La Candeur continuó:

—¡Corres a su alcance luego de haberle prestado un caballo para huir!...

Pero Rouletabille ya no le oía. Había hecho un signo a Vladimir y ya se habían lanzado a todo galope por uno de los caminos que van de Haïjarboli a Tchorlou...

Ante este último punto tuvieron que detenerse; no habían visto a Gaulow; habían llegado en las proximidades de la línea férrea abandonada, a un punto en el que desembocan las tres carreteras e iban a tropezarse con las vanguardias turcas, cuyo «¡Quién vive!» oían en la noche, que comenzaba a poblarse de sombras mil... Del lado de Saraï, un reflector escrutaba las tinieblas. Era allí, entre Bunarhinar, Lule-Burgas, Saraï y Tchorlou, en aquel vasto cuadrilátero sumido en el silencio, en donde se preparaba el choque formidable en el

que, en una batalla de cuatro días, iba a decidirse la suerte de la Turquía europea...

Rouletabille y Vladimir habían desmontado y disimulado tras un seto, desde donde podían vigilar el camino.

—Si La Candeur no le ha dado alcance, Gaulow se ha salvado una vez más—dijo Rouletabille—. ¡En ese caso, bien puede vanagloriarse de su buena suerte!...

—¡Ya lo creo!—exclamó Vladimir—. ¡Como que estará tan admirado como yo al verse libertado por nosotros!...

—Oígame, Vladimir, hay cosas que yo no puedo explicar; pero, por lo menos, es indispensable que comprenda usted una, la de que es absolutamente necesario que guarde silencio respecto a la manera de cómo ha escapado Gaulow. ¿Puedo contar con usted?

—¡Completamente! De otra parte, no es este un acontecimiento del que pueda alabarme, ni del que guardaré un recuerdo muy agradable—añadió Vladimir, que seguía pensando en sus mil francos.

Rouletábille hizo como el que no entendía y dijo:

—Quisiera que llegara La Candeur; así aprovecharíamos lo que queda de noche para ganar camino hacia el Sur y evitar así la soldadesca. Remontando por Tchatalja, llegaríamos mañana a Constantinopla.

—¿Qué hay que hacer en Constantinopla?

—Recoger mi correspondencia—contestó con vaguedad Rouletabille—, y luego regresaremos al campo de batalla.

—¡Escuche, oigo un galope!—dijo Vladimir.

—¡Dos; son dos galopes!—rectificó Rouletabille—. ¡Ellos son!

Efectivamente, dos minutos más tarde llegaban

La Candeur y Tondor. Rouletabille estaba de nuevo a caballo.

—¿Nadie?—preguntó de lejos Rouletabille.

—¡Sí, le hemos visto!—contestó La Candeur que parecía sofocado.

—¿Y qué?...

—Pues... ya te contaré eso luego. ¡Lo que ha pasado ha sido terrible!...

—¿No le has matado?

—¡No!... ¡Pero he matado a otro!...

—¿A quién?

—¡A Atanasio Khetew!

—¡Qué has matado a Atanasio!—gritó Rouletabille estremeciéndose.

—¡Pues bien, sí; he matado a Atanasio! ¿Es horrible, ¿verdad?

—¿Pero, cómo has hecho una cosa semejante?...

—Mira, ya te explicaré eso más tarde—dijo palpitante La Candeur—. ¡Hasta que no esté entre los turcos no tendré tranquilidad!... ¿Comprendes? ¡He matado a un oficial búlgaro!... ¡Larguémonos!...

—¡Sí, sí, larguémonos!—repitió Rouletabille—¡Oh! ¡Esto es espantoso!...

—¡Más que espantoso; es extraordinario!—dijo La Candeur.

Y partieron, reventando sus caballos. Hasta pasado un largo rato no amenguaron el paso de las cabalgaduras; cuando ya divisaron las alturas de Tchatalja. Rouletabille se volvió entonces hacia La Candeur:

—Ahora, cuéntame lo que ha pasado... ¡Has encontrado a Atanasio y lo has confundido con Gaulow!...

—¡No! ¡No!... ¡Es mucho más extraordinario que todo eso... Y te confieso que si esto dura un poco más, también yo voy a volverme loco!...

—Pero, cuenta, hombre cuenta...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Avanzábamos por la carretera Tondor y yo... Nos decíamos, que bien tú, o nosotros, acabaríamos por echarle el guante a Gaulow, ya que Tondor había tenido el cuidado de darle el peor caballo; cuando de pronto divisamos al mismo Gaulow delante de nosotros, en un punto en el que desemboca un barranco...

—¡Ah!—exclamó Rouletabille.

—¡Ganábamos terreno!... A cada instante se volvía hacia nosotros... Ya nos faltaba poco... Cuando de pronto oímos, detrás de nosotros, el ruido de un galope... A nuestra vez nos volvemos, y la noche es tan clara que nos permite reconocer a Atanasio... A Atanasio que llegaba con la velocidad de un rayo... Venía, sin duda alguna, de Haïjarboli, en donde le habrían notificado la evasión de su prisionero, tras el cual corría, igual que nosotros...

Al verle, le grité para tranquilizarle:

—¡Ya es nuestro! ¡Ya es nuestro!

Y de nuevo piqué con ambas espuelas; pero Gaulow, con supremo esfuerzo, había ganado algún terreno. Recordé entonces que me habías dicho que le matara como a un perro o como a una víbora antes que dejarle escapar. Saqué mi revólver y grité a Atanasio:

—¡No tema!... ¡Ya no se nos escapará más!...

Y disparé contra Gaulow.

Pero en el mismo instante llegaba Atanasio, y en lugar de lanzarse sobre Gaulow, como yo esperaba, cayó sobre mí con terribles sablazos...

Afortunadamente, mi caballo se desvió, de lo contrario me corta por la mitad... ¿No es verdad, Tondor?

—¡Oh! Por un instante le creí a usted perdido.

—¿Y entonces?...

—¡Ah! Entonces, la cosa ha sido rápida, ¿sabes? Yo no quería que me abriera en canal... Tanto más cuanto que juzgaba aquella agresión injustificada... ¡Cómo! ¿Un hombre a quien le hago el favor de correr tras su prisionero y que me lo agradece a sablazos? Le contesté con mi revólver; y si me dí cuenta de que había fallado a Gaulow, también me la pude dar de que había acertado a Atanasio. ¡Ah! Vaciló en seguida sobre su montura y cayó al camino como un fardo; hizo así: ¡plaf!

—¡Plaf!—repitió Tondor.

—Visto lo cual, Tondor y yo nos apeamos, pues ya no podíamos pensar en capturar a Gaulow, que había desaparecido a campo traviesa... Nos inclinamos sobre Atanasio para saber lo que de él era... ¡Pues bien; estaba muerto!...

—¡Muerto!—repitió Tondor.

—¡Todavía estoy lívido!

—¿Estás seguro de que ha muerto?—preguntó Rouletabille pensativo.

—¡Qué si estoy seguro! Ausculté su corazón y ya no latía. Es indudable que está muerto; pero él se lo ha buscado... ¿Estás muy incomodado conmigo, dí?

—Oyeme—dijo Rouletabille—, todo esto es espantoso... y, la verdad, yo hubiera preferido que mataras a Gaulow.

—Amigo mío, hice lo que pude...

—Sí, no lo dudo—reanudó Rouletabille, que en el fondo parecía mucho más preocupado que dolido—; pero no habrá que hablar...

—Me callaré, si eso te puede dar gusto; pero en lo que a mí respecta, no tendré vergüenza alguna en confesar que he matado de un tiro a un señor que quería dividirme de un sablazo... ¡Vaya un señor grosero!...

Vladmir, que nada había dicho aún, dió su opinión:

—Ese hombre no tiene más que lo que ha merecido.

Después de estas palabras, ya nadie se volvió a ocupar de Atanasio.

V

CUESTIONES FINANCIERAS

MIENTRAS que Roule'abille estaba silencioso, Vladimir hizo un gran elogio de Constantinopla, que conocía a fondo y cuyo encantador aspecto elogió.

—¿Hay alguna buena cervecería?—preguntó La Candeur.

—¡Excelentes!... ¡En Constantinopla se encuentra lo que se quiera!...

—No pido tanto—replicó La Candeur—; ¡con tal de que se pueda tener un buen bifteck con patatas y un buen *doble!*...

—¡Lo malo es que no hay con qué pagarlo!—dijo Rouletabille, que se acordaba de pronto, en el momento de entrar en la capital, que no disponían ni de un céntimo.

—¡No es dinero lo que falta!—dijo La Candeur con aire desenvuelto.

—Claro; pero hasta que el periódico nos lo envíe, no sé cómo nos las vamos a arreglar; pues nos hace falta en seguida, para enviar los telegramas.

—No te preocupes por eso—reanudó La Candeur—. Tengo dos mil francos.

—¿Qué tienes dos mil francos?

—¡Ya comprendo!...—gritó alegremente Vladimir—. Los habrá cogido del bolsillo de Atanasio.

—¡Oh!—exclamó Rouletabille deteniendo su caballo—. ¡Eso no es posible!...

—¡Ese eslavo me repugna!—dijo La Candeur volviéndole la espalda a Vladimir.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿de qué son esos dos mil francos?—preguntó Rouletabille.

—Son los dos mil francos del señor Priski.

—¡Los dos mil francos del señor Priski! ¿Qué nuevo cuento es ese?

—¡La exacta verdad!... ¿Recuerdas que en Kirk-Kilissé ,el señor Priski le dió mil francos a Vladimir, que yo no quise admitir?...

—Sí; pero esos mil francos los ha perdido Vladimir en Haïjarboli.

—Espérate. ¿Recuerdas aún que en Stara-Zagora, el señor Priski, me quiso dar los otros mil francos que nos debía?

—Perfectamente; pero los rechazaste honradamente.

—Cierto... Y por otra parte, el señor Priski no volvió a insistir; pero cuando le ví al día siguiente le dije:

«Señor Priski, le he rechazado los mil francos porque estaba entendido que yo no los cobraría... ¡Pero Vladimir cuenta con ellos, métalos, pues, en un sobre y yo los entregaré personalmente a Vladimir...

El señor Priski, que es un hombre honrado y que no quería faltar a su palabra en vísperas de ingresar en el convento, me contestó:

—Cosa prometida, cosa debida: ¡Aquí los tiene!

Metí el sobre en mi bolsillo, prometiéndome dar aquel dinero a Vladimir en la primera ocasión; no me dí mucha prisa, sabiendo lo gastador que es... Pero esta noche, como Vladimir había perdido todo su dinero con aquellos búlgaros y parecía muy desconsolado, saqué de mi bolsillo el sobre para entregárselo. Sólo que en aquel instante llegó Tondor y sobrevino todo aquel tumulto... Vladimir les siguió fuera del patio... Las tres cuartas partes de los jugadores se habían dispersado, mientras que el oficial acababa de gritarme: «Tome usted la banca ahora»... Aquel desafío llegaba en el preciso instante en que me hacía las más tristes reflexiones sobre la necesidad de dejar a los búlgaros un dinero que tan bien hubiera estado en nuestro bolsillos. Así, pues, no pude resistir al deseo de ganarlo todo, y así sucedió... El oficial regresó después de haberos marchado y la partida se reanudó. ¡Y con los mil francos de Vladimir, he vuelto a recuperar los mil que habíamos perdido!

—¡Hurra!—gritó Vladimir.

—Esto explica el motivo de tu tardanza, La Candeur—dijo Rouletabille, que también se hallaba satisfecho.

—¡Justamente!...—replicó La Candeur.

—¡No has empleado mucho tiempo en ganarles ese dinero!...

—¡Los búlgaros se habían emperrado con el cuadro del 22!... Pero con este reloj sé muy bien de qué manera hay que operar para que no salga el cuadro del 22...

—¡Las dos cocotas!—dijo Vladimir.

—¡Es la primera vez que esas señoras me traen la buena suerte!—contestó La Candeur.